

Bosquejos Históricos

Las Epidemias

La peste, esta dolencia terrible y contagiosa que tanta mortandad causó en tiempos de nuestros antepasados, la vemos particularmente reseñada en el año 1.653, en el momento en que los habitantes de San Feliu de Guixols corrían dispersos por los vecinos montes, poseídos de pánico y terror, buscando refugio para sus vidas amenazadas por el terrible azote. El funesto accidente, al coincidir con la guerra con Francia, abrió paso al enemigo que se apoderaba de la villa después de haber ocupado su Monasterio y la ermita del antiguo Castellar.

Más tarde vino a enseñorearse del mundo una nueva infección. Fué esta el microbio epidémico contagioso del *cólera*, originario desde época remota de las aguas del delta del Ganges, que al penetrar en el intestino del hombre se manifiesta con vómitos y evacuaciones líquidas blanquecinas, provocando la supresión de orina, una gran descomposición del semblante, la algidez o frialdad marmórea de la piel, así como unos calambres violentos y una gran afonía. La funesta plaga a la que se dieron los nombres de *cólera gangético*, *indio*, *asiático* o *epidémico* y cuyo nefasto predominio se atribuye en particular a los períodos 1.817-23, 1.826-37, 1.846-63, y 1.865-75, siendo el último y al parecer más llevadero el que se inició en 1.883, tuvo a esta ex-villa en estado de inquietud y la obligó no pocas veces a sumarse a la rígida observancia de las cuarentenas marítimas así como a ciertos acordonamientos terrestres que se dictaron en defensa de la nación. En 1.833 y en 1.853 el *cólera* se propagó desde el lazareto de Vigo por toda España.

Felizmente el estado de aseo de esta localidad y la relativa comodidad en que vivían sus habitantes fueron factores que contribuyeron no poco a contrarrestar los efectos de nuevas invasiones epidémicas que se cebaban siempre allí donde la miseria y el desaseo imperaban. Inglaterra había conseguido cortar durante muchos años radicalmente las invasiones parciales por medio del perfecto aislamiento de los casos comprobados e imponiéndose la desinfección inmediata y completa

de sus deyecciones y de sus ropas, de las habitaciones, de los barcos, coches o vagones en que se encontrasen, y de los objetos o mercancías contumaces allí contenidos.

Fué tradición que la *peste* que en el año 1.653 azotó a nuestra ex-villa y a la que nos hemos referido en primer lugar, había sido importada por una ave de rapiña que cayó muerta en las inmediaciones de la plaza Mayor y cuyo cuerpo sirvió de diversión a varios niños, siendo estos las primeras víctimas del morbo. Según la transmisión de noticias hecha de unas generaciones a otras, en el mismo lugar en que cayó el ave, al lado del paseo del Mar, levantóse una cruz de hierro que en 1.834 se llevó al centro del Cementerio a la sazón recién inaugurado, siendo al parecer sustituida por otra más esbelta hacia el año 1.862. En el balcón de la que fué casa de los señores de Barraquer, sita en dicha plaza, habíase colocado antiguamente un pajarraco de hierro de extraña configuración y al que se atribuyó cierta relación con el ave importadora de la peste, si bien no existen datos concretos acerca de dicho supuesto. Se sabe, por otro lado, que uno de los descendientes de dicha familia Barraquer manifestó posteriormente que la colocación del pájaro de hierro, semejante por su forma a los tederos en los que en tiempos remotos se colocaban las teas para alumbrar, respondía exclusivamente al objeto al que se destinó, o sea de recipiente de materias de pirotecnia que estallaban al pasar la procesión del Corpus por las calles a qué pertenecía dicha casa.

En 1.884, la mucha tardanza observada en el ajuste de los entoldados y orquestas por parte de los casinos de la localidad, produjo en la misma cierta alarma, creyéndose que se iban a prohibir los bailes de fiesta mayor como medida *anti-colérica*. Afortunadamente el temor de invasión de la epidemia era infundado toda vez que el foco principal estaba ya en decadencia y nada se opuso a que la fiesta se celebrara con gran animación. Engalanóse la villa, brindando a los forasteros el encanto de sus casas limpias y blanqueadas y el regío ornato de sus magníficos entoldados.

J. Soler Cazeaux

ancora